

INCURSIÓN AÉREA

JOHN VARLEY

Me despertó bruscamente la llamada de alarma vibratoria que me hacía retumbar silenciosamente el cráneo. No se detiene hasta que una se sienta, así que eso hice. Por todas partes a mi alrededor, en la oscurecida sala de literas, los componentes del Equipo de Captura dormían solos o por parejas. Bostecé, me rasqué las costillas y le di a Gene una palmada en uno de sus velludos costados. Se dio la vuelta; una despedida muy romántica.

Frotándome los párpados para alejar el sueño, alcancé la pierna que estaba en el suelo, me la coloqué y até los correajes. En seguida, corrí a lo largo de las filas de literas hacia Operaciones.

El tablero de localización brillaba en la oscuridad: Vuelo 128 de las Líneas Aéreas Sun-Belt, de Miami a Nueva York, 15 de septiembre de 1979. Llevábamos tres años intentando contactar precisamente con ése. Debería haberme sentido feliz pero, ¿quién puede serlo apenas levantarse?

Liza Boston me dijo algo al pasar hacia Preparación. Yo contesté y la seguí. Se encendieron las luces alrededor de los espejos y me dirigí a tientos a uno de ellos. Detrás de nosotros entraron tropezando tres personas más. Me senté, me enchufé y, por fin, pude reclinarme y cerrar los ojos.

No durante mucho tiempo. ¡Ras! Me senté, rígida, cuando el líquido superconcentrado de las expediciones reemplazó al agua sucia que tengo por sangre. Miré a mi alrededor y me encontré con una serie de sonrisas idiotas. Eran Liza, Pinky y Dave. Frente a la pared opuesta, Cristabel ya estaba moviendo suavemente la cabeza ante el secador, tomando el aspecto de la raza blanca. Parecía un buen equipo.

Abrí el cajón y comencé los preparativos para mi propio maquillaje. Cada vez era un trabajo más difícil. Con transfusión o sin ella, mi aspecto era el de un cadáver. Había desaparecido por completo la oreja derecha. Ya no podía cerrar los labios; las encías quedaban permanentemente a la vista. Una semana antes se me había caído un dedo mientras dormía... pero, ¿qué más da, desgraciada?

Mientras trabajaba se encendió una de las pantallas que rodeaban al espejo. Una joven sonriente, rubia, amplia frente, rostro redondeado. El pie impreso decía: «Mary Katrina Sondergard, de soltera Trenton, Nueva Jersey; edad en 1979: 25». Querida, éste es tu día de suerte.

El ordenador diluyó la piel del rostro para hacerme ver la estructura ósea, hizo girar la imagen y me mostró secciones transversales. Estudié los puntos de coincidencia con mi propio cráneo, observé las diferencias. No estaba mal, me las habían asignado peores.

Me puse una dentadura que incluía la ligera separación entre los incisivos superiores. Me hinché las mejillas con pasta. El distribuidor soltó unas lentes de contacto y me las puse. Me ensanché las aberturas de la nariz introduciendo en ellas unos tapones. No hacían falta orejas: quedarían tapadas por la peluca. Me ajusté sobre el rostro una máscara virgen de plasticarne y tuve que esperar unos momentos mientras se adaptaba. Bastó un minuto para modelarla perfectamente. Me sonreí al espejo; era agradable tener labios.

La ranura de distribución hizo un ruido metálico y me dejó caer una peluca rubia y un equipo rosa sobre el regazo. La peluca aún estaba caliente, recién salida del diseñador. Me la puse, haciendo después lo mismo con los leotardos.

—¡Mandy! ¿Te has puesto ya de Sondergard?

No alcé la vista; reconocí la voz.

—Sí.

—La hemos localizado cerca del aeropuerto. Podemos transportarte antes que salga el avión, así que tú serás la introductora.

Gemí y miré hacia arriba, al rostro que mostraba la pantalla: Elfreda Baltimore-Louisville, Directora de los Equipos de Operaciones; un rostro sin vida y unas delgadas ranuras por ojos. ¿Qué se puede hacer cuando todos los músculos han muerto?

—De acuerdo.

Es mejor aceptar lo que te ofrezcan.

Ella desconectó y yo dediqué los dos minutos siguientes a intentar vestirme sin dejar de mirar las pantallas. Me grabé en la memoria los nombres y facciones de los miembros de la tripulación, así como lo poco que se sabía de ellos. Luego me apresuré y alcancé a los demás. Tiempo transcurrido desde la primera señal de alarma, doce minutos y siete segundos. Más nos valía empezar a movernos.

—Maldita Sun-Belt —se quejó Cristabel mientras se ajustaba el sujetador.

—Por lo menos ya no utilizan tacones altos —indicó Dave.

Un año antes, hubiéramos ido tambaleándonos por los pasillos, encima de plataformas de diez centímetros de altura. Todos vestíamos blusas cortas de color rosa cruzadas diagonalmente por delante con bandas blancas y azules, y llevábamos bolsas en bandolera para completar el juego. Me afané intentando sujetarme con un alfiler la ridícula gorra, tan diminuta como una pequeña caja de píldoras.

Entramos empujándonos unos a otros en la oscura Sala de Control de Operaciones y nos alineamos ante el Portal. Los acontecimientos estaban ahora fuera de nuestro control. Hasta que el Portal estuviera dispuesto no podíamos hacer más que esperar.

Yo era la primera, estaba sólo a un metro de él. Retiré la mirada; me dio vértigo. En cambio, me fijé en los gnomos sentados ante sus consolas, bañados en la luz amarilla de las pantallas. Ninguno de ellos me devolvió la mirada. No les gustamos demasiado; a mí tampoco me gustan ellos. Todos están ajados y demacrados. Para ellos, nuestras piernas, traseros y pechos llenos son un reproche, un recuerdo indicando que los de Captura comemos cinco veces más que ellos a fin de poder estar presentables para la representación. Mientras tanto, continuamos pudriéndonos. Algún día yo misma estaré sentada ante una consola. Algún día estaré «incorporada» a una consola, con todas las vísceras fuera y nada en el cuerpo excepto hedor. Que se vayan al infierno.

Oculté el revólver bajo un montón de pañuelos de papel y barras de labios, en el bolso. Elfreda me estaba mirando.

—¿Dónde está? —pregunté.

—En una habitación de un motel. Estuvo sola desde las diez de la noche hasta el mediodía del día del vuelo.

La hora de salida del avión era la una y cuarto. Había dejado poco tiempo de margen y tendría prisa. Bien.

—¿Puedes localizarla en el lavabo? Mejor si es en la bañera.

—Lo estamos intentando.

Compuso una sonrisa, empujándose con un dedo los muertos labios. Sabía cómo me gustaba trabajar, pero me estaba diciendo que aceptara lo que se me ofrecía. Nunca está de más pedir. Cuando la gente se encuentra tendida y cubierta de agua hasta el cuello es cuando está más indefensa.

—¡Adelante! —gritó Elfreda.

Pasé a través del Portal, y las cosas empezaron a ir mal.

El Portal estaba mal orientado, saliendo por la puerta del cuarto de baño y mirando al dormitorio. Me di la vuelta y vislumbré a Mary Katrina Sondergard a través de la bruma del Portal. No había modo de poder alcanzarla sin volver a pasar a través. Ni siquiera podía disparar sin herir a alguien al otro lado.

Sondergard estaba ante el espejo, el peor sitio posible. Pocas personas se reconocen a sí mismas con rapidez, pero ella precisamente se había estado contemplando. Me vio y abrió mucho los ojos. Di un paso a un lado y me puse fuera de su vista.

—¿Qué demonios...? ¡Eh! ¿Quién demonios...?

Me fijé en la voz, que a menudo es lo más difícil de imitar correctamente.

Me imaginé que tendría más curiosidad que miedo. Acerté. Salió del cuarto de baño, atravesando el Portal como si no estuviera allí —lo cual era cierto, ya que sólo tiene un lado de transferencia—. Iba envuelta en una toalla.

—¡Dios mío! ¿Qué hace usted en mi...?

A uno le fallan las palabras en tales ocasiones. Ella sabía que debía decir algo pero..., ¿qué? ¿Acaso: «Disculpe, no nos hemos visto alguna vez en el espejo»?

Compuse mi mejor sonrisa de azafata y le tendí la mano.

—Disculpe la intromisión. Puedo explicarlo todo. Verá, soy... —Le golpeé en un lado de la cabeza y ella se tambaleó y cayó pesadamente. La toalla quedó en el suelo, suelta— ...una estudiante universitaria.

Comenzó a levantarse, así que la golpeé bajo la barbilla con mi rodilla artificial. Se quedó tumbada.

—¡Basura de transfusión barata! —gemí, frotándome los doloridos nudillos.

Pero no había tiempo. Me arrodillé junto a ella y le tomé el pulso. No tenía nada importante, pero creo que le había aflojado algunos de los dientes delanteros. Me detuve un momento. ¡Dios, tener ese aspecto sin maquillaje, sin prótesis! Casi me emocionó.

La sujeté por debajo de las rodillas y conseguí llevarla a duras penas hasta el Portal. Era un saco de fideos blandos. Alguien tendió una mano a través del Portal, la asió por los pies y tiró de ella. «¡Hasta la vista, querida! ¿Qué te parecería emprender un largo viaje?»

Me senté en su cama de alquiler para recuperar el aliento. En el bolso tenía las llaves de un coche y cigarrillos; tabaco de verdad, que valía su peso en sangre. Encendí seis, calculando que tenía cinco minutos para mí sola. La habitación se llenó de un humo dulce. Ya no los hacen así.

El sedán Hertz estaba en el estacionamiento del motel. Subí a él y me dirigí al aeropuerto. Inspiré profundamente el aire, rico en hidratos de carbono. La vista alcanzaba a cientos de metros de distancia. La perspectiva casi me mareó, pero vivo para esa clase de momentos. No se puede explicar cómo son las cosas en el mundo premec. El sol era una bola amarilla y orgullosa a través de la neblina del calor.

Las otras azafatas estaban subiendo a bordo. Algunas de ellas conocían a Sondergard, así que no hablé mucho, alegando dolor de cabeza. Dio resultado, entre risas comprensivas y comentarios maliciosos. Evidentemente no estaba fuera de lugar en mi personaje. Abordamos el 707 y nos preparamos para la llegada de los borregos.

Aquello tenía buen aspecto. Los cuatro comandos al otro lado eran gemelos idénticos de las mujeres con las que estaba trabajando aquí. No se podía hacer nada más que ser una azafata hasta la hora de salida. Esperaba que no hubiera deslices; colocar al revés un Portal al transportar a una introductora hasta una habitación de motel era una cosa, pero en un 707 a 7.000 metros de altura...

El avión estaba casi completo cuando la mujer a la que suplantaría Pinky cerró la puerta delantera. Rodamos hasta el final de la pista y despegamos. Lo primero, empecé a tomar encargos de bebidas.

Los borregos eran un grupo corriente en 1979. Todos ellos gordos y descarados, y dándose tan poca cuenta de vivir en un paraíso como se la da un pez en el mar. «¿Qué les parecería, señoras y señores, un viaje al futuro? ¿No? No puedo decir que me extrañe. ¿Y si les dijera que este avión va a...?»

Mi alarma zumbó cuando llegamos a la altitud de crucero. Consulté el indicador que llevaba bajo el Lady Bulova y dirigí la vista a una de las puertas de los lavabos. Sentí una vibración que recorría el aparato. «Maldita sea, no tan pronto.»

El Portal estaba allí dentro. Salí rápidamente e hice un gesto a Diana Gleason —el pichón de Dave— para hacerla venir a la parte delantera.

—Echa una ojeada a esto —dije, con aspecto disgustado.

Comenzó a entrar en el lavabo y se detuvo al ver el brillo verdoso. Le apoyé una bota en el trasero y empujé. Perfecto. Dave tendría ocasión de oír su voz antes de entrar. Aunque haría poco más que chillar cuando mirara a su alrededor...

Dave apareció a través del Portal, ajustándose el estúpido sombrero. Diana debía de haberse debatido.

—Muéstrate disgustada —susurré.

—Menudo estropicio —dijo al salir del lavabo.

Era una imitación correcta del tono de Diana, aunque le fallaba el acento. No importaría por mucho tiempo.

—¿Qué sucede? —dijo una de las azafatas de la clase turista.

Nos hicimos a un lado para que pudiera echar una ojeada, y Dave la empujó al través. Pinky tardó muy poco en aparecer.

—Estamos en tiempo negativo —dijo—. Perdimos cinco minutos en el otro lado.

—¿Cinco? —gritó Dave-Diana.

Yo sentía igual; teníamos que procesar a ciento tres pasajeros.

—Sí. Perdieron contacto cuando pasaste a mi pichón. Hizo falta ese tiempo para enfocar nuevamente.

Una se acostumbra a eso. El tiempo transcurre a velocidades diferentes en cada uno de los lados del Portal, aunque siempre es secuencial, de pasado a futuro. Una vez comenzada la captura con mi transferencia a la habitación de Sondergard, no había modo de retroceder en lo más mínimo al pasado en ninguno de los dos lados. Aquí, en 1979, teníamos estrictamente noventa y cuatro minutos para hacerlo todo. En el otro lado, el Portal no se podía mantener en ningún caso más de tres horas.

—Cuando partiste..., ¿cuánto tardó en sonar la alarma?

—Veintiocho minutos.

No tenía buena pinta. Harían falta por lo menos dos horas sólo para preparar todos los zombies a medida. Suponiendo que no hubiese más deslizamiento en el tiempo de 1979, podríamos apenas conseguirlo. Pero siempre hay deslizamiento. Me estremecí pensando en la posibilidad que nos quedáramos en el avión.

—Entonces no hay tiempo para más juegos —dije—. Pinky, vuelve a la clase turista y di a las otras dos chicas que suban aquí. Diles que vengan una después de la otra y que tenemos un problema. Ya te sabes el truco.

—Aguantándome las lágrimas. Entendido.

Corrió hacia proa. Inmediatamente apareció la primera. Llevaba impresa en la cara la sonrisa amistosa de las Líneas Aéreas Sun-Belt, pero debía de tener el estómago revuelto. «¡Oh, Dios, nos ha llegado la hora!»

La sujeté por un codo y tiré de ella desde detrás de las cortinas de la parte delantera. Estaba jadeando.

—Bienvenida a la zona de sol y sombra —dije, y la golpeé en la cabeza con el revólver.

Se encorvó y la sujeté mientras caía. Pinky y Dave me ayudaron a empujarla a través del Portal.

—¡Mierda! ¡Esa maldita cosa está vacilando!

Pinky tenía razón. Una señal muy amenazadora. Pero el brillo verde se estabilizó según lo mirábamos, con quién sabe cuánto deslizamiento en el otro lado. Cristabel se asomó a través.

—Estamos treinta y tres minutos en positivo —dijo.

No tenía sentido decir lo que todos estábamos pensando; las cosas iban muy mal.

—Vuelve a Turista —dije—. Muéstrate valiente, sonríe a todo el mundo, pero exagéralo un poco, ¿entendido?

—Entendido —dijo Cristabel.

Procesamos a la otra rápidamente, sin incidentes. Luego no quedó tiempo para hablar de nada. Dentro de ochenta y nueve minutos, el Vuelo 128 iba a estar esparcido por toda una montaña, hubiéramos terminado o no.

Dave se metió en la cabina de pilotaje para impedir que el equipo de navegación nos molestara. Se suponía que Pinky y yo teníamos que hacernos cargo de la primera clase y después ayudar a Cristabel y Liza en la Turista. Utilizamos la estratagema habitual de «café, té o leche», confiando en nuestra velocidad y su inercia.

Me incliné sobre los dos primeros asientos de la izquierda.

—¿Están disfrutando del vuelo?

Pop, pop. Dos apretaduras del gatillo, cerca de las cabezas, y fuera de la vista del resto de los borregos.

—Hola, chicos. Me llamo Mandy. Volad conmigo.

Pop, pop.

A medio camino de la sala algunas personas nos contemplaban con curiosidad. Pero la gente no arma alboroto hasta que tienen muchos más motivos. Un borrego de la última fila se levantó y le di. En ese momento sólo quedaban ocho despiertos. Dejé la sonrisa y disparé cuatro tiros rápidos. Pinky se encargó del resto. Atravesamos corriendo la cortina, justo a tiempo.

Se estaba alzando un fuerte rumor en la parte trasera de la clase turista, cuando estaban ya procesados aproximadamente el sesenta por ciento de los borregos. Cristabel me dirigió una mirada y asentí.

—Muy bien, amigos —gritó—. Quiero que os estéis calladitos. Tranquilizaos y escuchad. Tú, cabeza gorda, cállate si no quieres que te meta el pie por el trasero, y de plano.

La sorpresa de oírla hablar así fue suficiente para conseguirmos un poco de tiempo, en cualquier caso. Habíamos formado una línea de ataque a lo ancho del avión, con los revólveres alzados, apoyados en respaldos de sillones y apuntados al agitado y aturdido grupo de treinta borregos.

Los revólveres bastan para atemorizar a cualquiera excepto a los más temerarios. En esencia, un anonador de serie no es más que un cilindro de plástico con dos rejillas separadas unos quince centímetros. No hay en él suficiente metal para activar una alarma antirrobo. Y para la gente desde la Edad de Piedra hasta aproximadamente 2190 no tiene más aspecto de arma que un bolígrafo. Por eso la Sección de Equipos los embute en un armazón de plástico que los convierte en verdaderos desintegradores como los de Buck Rogers, con una docena de botones y luces que lanzan destellos y un tambor como el hocico de un puerco. Apenas se pone nadie en su camino, jamás.

—Corremos un grave peligro, y hay poco tiempo. Todos debéis hacer exactamente lo que yo os diga y estaréis a salvo.

No se les puede dar tiempo para pensar, una tiene que confiar en su posición de Voz de la Autoridad. Simplemente, la situación no va a tener sentido para ellos, por mucho que una se la explique de un modo u otro.

—Un momento, creo que nos debe...

Un abogado del aire. Tomé una decisión instantánea; apreté el botón de los fuegos artificiales del revólver y le disparé.

El revólver soltó un sonido como el de un platillo volante con almorranas, escupió chispas y pequeñas llamaradas y extendió hasta su frente un dedo verde de láser. Cayó.

Todo ello pura mierda, por supuesto. Pero, desde luego, es impresionante.

Y también demasiado arriesgado. Tenía que elegir entre un alboroto, si el cabeza gorda les hacía pensar, o un posible motín como consecuencia del destello del revólver. Pero cuando alguien del siglo XX se pone a hablar de sus «derechos» y de lo que se le «debe», las cosas pueden escapar al control. Es infeccioso.

Funcionó. Hubo muchos gritos, gente ocultándose detrás de los asientos, pero no un motín. Podríamos haberlo sobrellevado, pero necesitábamos a algunos de ellos conscientes si queríamos acabar alguna vez con la captura.

—Levantaos. ¡Levantaos, gusanos! —aulló Cristabel—. Está aturdido, simplemente. Pero *mataré* al próximo que desobedezca. Ahora levantaos y haced lo que os diga. ¡Los niños primero! Aprisa, corred todo lo que podáis, a la parte delantera del avión. Haced lo que os diga la azafata. ¡Vamos, niños, moveos!

Retrocedí corriendo a primera clase inmediatamente delante de los niños. Me volví al llegar a la puerta abierta del lavabo y me arrodillé.

Estaban petrificados. Eran cinco —algunos de ellos gritando, cosa que siempre me emociona—, mirando a izquierda y derecha a los desvanecidos de los sillones de la Primera Clase, trastabillando, aterrorizados.

—Vamos, niños —les llamé, poniendo mi sonrisa especial— vuestros padres vendrán dentro de sólo un minuto. Todo va a ir bien, os lo prometo. Venid.

Conseguí hacer pasar a tres. La cuarta se negó. Estaba decidida a no pasar por aquella puerta. Extendió brazos y piernas y no conseguía empujarla a través. Yo no pego a los niños, jamás. Me arañó el rostro con las uñas. Se me cayó la peluca, y ella abrió la boca al verme la cabeza calva. La empujé.

El número cinco estaba sentado en el pasillo, llorando. Tenía quizá siete años. Retrocedí corriendo y lo agarré; lo abracé, lo besé y lo empujé a través del Portal. Dios, necesitaba descansar, pero hacía falta en Turista.

—Tú, tú, tú y tú. De acuerdo, tú también. Ayudadle, ¿queréis? —Pinky tenía un buen ojo para los que no tendrían ninguna utilidad para nadie, ni siquiera para ellos mismos. Les condujimos como un rebaño hacia la parte delantera del avión, y luego nos desplegamos a la vista de los demás. No tardamos mucho en animarles a la acción. Les hicimos arrastrar los cuerpos inertes hacia adelante a toda la velocidad que podían. Cristabel y yo estábamos en Turista, los demás al frente.

La adrenalina estaba siendo asimilada ya por mi cuerpo; me abandonó el ímpetu de la acción y comencé a sentirme muy cansada. Hay un sentimiento inevitable de simpatía por esos pobres borregos torpes que siempre empieza a afectarme alrededor de este momento del juego. Claro, era mucho mejor para ellos; claro, iban a morir si no les sacábamos del avión. Pero cuando vieran el otro lado les iba a costar mucho trabajo creerlo.

Los primeros estaban volviendo por un segundo cargamento, asombrados de lo que acababan de ver: docenas de personas entrando en un cubículo que, vacío, ya estaba atestado. Un estudiante universitario tenía el aspecto de haber recibido una coz en el estómago. Se detuvo a mi lado y suplicó con la mirada.

—Mire, quiero ayudarles, sólo que..., ¿qué está pasando? ¿Es esto alguna forma nueva de rescate? Quiero decir, ¿vamos a estrellarn...?

Conmuté el revólver a «calambre» y se lo deslicé por la mejilla. Tragó aire y retrocedió.

—Calla esa maldita boca y muévete, o te mataré. —Pasarían horas antes que tuviera la mandíbula en condiciones de hacer más preguntas estúpidas.

Vaciamos Turista y nos fuimos al frente. Un par de los del equipo de trabajo estaban por entonces extremadamente agotados. Todos tienen músculos como los de un caballo, pero apenas pueden subir un tramo de escalera. Les dejamos atravesar el Portal a algunos, incluyendo a una pareja que tenían por lo menos cincuenta años. ¡Jesús! ¡Cincuenta! Nos quedamos reducidos a un grupo de cuatro hombres y dos mujeres que parecían fuertes, y les hicimos trabajar hasta que casi se caían. Pero procesamos a todo el mundo en veinticinco minutos.

El transportátil vino por el Portal cuando nos estábamos desnudando. Cristabel llamó a la puerta de la cabina de pilotaje y Dave salió, ya desnudo. Mala señal.

—Tuve que aturdirles —dijo—. El cretino del capitán *tenía* simplemente que hacer su Gran Desfile por el avión. Lo intenté *todo*.

A veces una tiene que hacerlo. El avión estaba bajo el piloto automático, como debe ser normalmente a esas alturas. Pero si cualquiera de nosotros le hacía cualquier tipo de daño a la nave, si cambiaba el curso fijo de los acontecimientos de cualquier modo, todo habría terminado. Tanto trabajo sería para nada, y el vuelo 128 quedaría inaccesible a nosotros para siempre. No conozco esa basura de Teoría Temporal, pero sí los aspectos prácticos. Podemos hacer cosas en el pasado sólo en lugares y momentos en que no supongan ninguna diferencia. Tenemos que cubrir nuestras huellas. Hay cierta flexibilidad: cierta vez, un miembro de un equipo de Captura dejó atrás el revólver, que se fue con el avión. Nadie lo encontró; o, si lo hicieron, no tenían ni la más remota idea de lo que era, así que no pasó nada.

El Vuelo 128 era un fallo mecánico. Es lo mejor; significa que una no tiene que mantener ignorante de la situación al piloto, encerrado en la cabina hasta llegar a tierra. Se le puede aturdir y pilotar el avión, ya que de todos modos no hay nada que pudiera haber hecho para salvar el vuelo. Un avión estrellado por error del piloto es casi imposible de capturar. Trabajamos principalmente en los casos de bombas y fallos estructurales en pleno vuelo. Si hay aunque sea sólo un superviviente, no podemos hacer contacto: eso no encajaría en la contextura del espaciotiempo, que es inmutable (aunque se puede distender ligeramente), y todos simplemente nos desvaneceríamos y volveríamos a aparecer en la sala de preparación.

Me dolía la cabeza. Deseaba ese transportátil con todas mis fuerzas.

—¿Quién tiene más horas de vuelo en un 707?

Las tenía Pinky, así que la envié a la cabina junto con Dave, que podía simular la voz del piloto para los controles del tráfico aéreo. Hay que tener una grabación creíble en la cinta de vuelo, además. Sacaron dos largos tubos del transportátil, y el resto de nosotros nos enchufamos uno cerca del otro. Nos quedamos allí fumando cada uno un puñado de cigarrillos, deseando terminarlos pero esperando que no hubiera tiempo. El Portal se había desvanecido en cuanto arrojamos a través de él nuestras ropas y el equipo de navegación.

Pero no nos preocupamos durante mucho tiempo. El capturar tiene otros aspectos agradables, pero nada comparable a la bocanada de ánimos que te da el conectarte a un transportátil. La transfusión estimulante no es más que sangre fresca, rica en oxígeno y azúcares. Lo que ahora recibíamos era una mezcla de adrenalina concentrada, hemoglobina supersaturada, methedrina, relámpagos blancos, TNT y elixir de la felicidad. Era como un buscapiés en el corazón; una coz en el hueso sonajero de los sesos.

—Me está creciendo pelo en el pecho —dijo Cristabel, solemnemente. Todos nos reímos.

—¿Le importa a alguien alcanzarme los ojos?

—¿Los azules o los rojos?

—Creo que se me acaba de caer el trasero.

Los habíamos oído todos antes, pero de todas formas aullábamos de risa. Eramos fuertes, *fuertes*, y durante un momento dorado no tuvimos preocupaciones. Todo era cómico. Podría haber desgarrado metal en láminas con las pestañas.

Pero con esa mezcla es fácil pasar el tiempo. Cuando el Portal no apareció, y no apareció, y ¡*Dios mío no apareció!*, todos empezamos a asustarnos. Este pájaro no iba a seguir volando tanto tiempo.

Entonces llegó y nos pusimos a trabajar. Vino a su través el primero de los zombies, vestido con la ropa de un pasajero cuyo lugar iba a tomar por su parecido con él.

—Las dos treinta y cinco, tiempo transcurrido arriba —anunció Cristabel.

—*Jesús*.

Es una rutina aplastante. Se agarra el correa que rodea los hombros del zombie y se le arrastra a lo largo del pasillo, después de consultar el número de asiento que lleva pintado en la frente. La pintura es visible durante tres minutos. Se le sienta, se le ata al cinturón, se abre el correa y se vuelve con él para arrojarlo a través del Portal al mismo tiempo que se agarra el siguiente. Hay que dar por supuesto que en el otro lado han hecho bien su trabajo: empastes en los dientes, huellas digitales, el juego correcto de altura, peso y color del cabello. La mayoría de estos detalles no tienen mucha importancia, especialmente en el Vuelo 128, que es un caso de impacto e incendio. Habría pedazos y miembros, y por cierto carbonizados; pero no se pueden correr riesgos. Los forenses de los grupos de rescate son muy meticulosos en la partes que sí encuentran; son especialmente importantes la identificación de las dentaduras y de las huellas digitales.

Odio los zombies. Realmente los odio. Cada vez que sujeto el correa de uno de ellos, si es una niña me pregunto si es Alice. «¿Eres tú acaso mi hija, vegetal, gusano, lombriz de tierra?» Me uní a los de Captura cuando los parásitos del cerebro devoraron la vida de la cabeza de mi niña. No podía soportar pensar que ella representaba la última generación; que los últimos seres humanos que jamás hubiesen vivirían sin nada en la cabeza, clínicamente muertos según normas que regían incluso en 1979, con microprocesadores moviéndoles los músculos para mantener su tono de actividad. Una crece, alcanza la pubertad siendo aún fértil —una entre mil— y se apresura a quedar encinta con la primera menstruación. Luego una averigua que su madre o su padre transmitió una enfermedad crónica grabada en los propios genes y que ninguno de sus hijos será inmune. Yo *sabía* de la paralepra; crecí con los puntas de los pies pudriéndose. Pero esto era demasiado. ¿Qué puede hacer una?

Sólo uno de cada diez zombies tenía el rostro adaptado a medida: hace falta tiempo y mucha habilidad para construir una nueva cara que pueda soportar la autopsia hecha por un médico. El resto venía preutilizado. Tenemos millones de ellos; no es difícil encontrar un cuerpo suficientemente parecido. La mayoría de ellos seguirían respirando, demasiado torpes para dejar de hacerlo hasta que se estrellaran con el avión.

La nave se agitó violentamente. Miré el reloj: cinco minutos para el impacto. Tendríamos tiempo. Estaba con mi último zombie. Pude oír a Dave llamar frenéticamente a tierra. Llegó una bomba por el Portal y la arrojé dentro de la cabina. Pinky activó el detonador de presión de la bomba y salió corriendo, seguida de Dave. Liza ya había pasado por el Portal. Agarré las inertes zombies vestidas de azafatas y las tiré al suelo. El aparato empezó a deshacerse y un trozo atravesó la sala. Empezamos a perder presión. La bomba

arrancó parte de la cabina (el equipo de investigación interpretaría —esperábamos— que un trozo del aparato la atravesó y mató a la tripulación: no había más palabras del piloto en el grabador de vuelo) y viramos lentamente a la izquierda y hacia abajo. Me vi empujada hacia el orificio del costado de la nave, pero me las arreglé para sujetarme a un asiento. Cristabel no tuvo tanta suerte. Fue lanzada hacia la parte trasera.

Empezamos a subir levemente, perdiendo velocidad. De pronto, el lugar del pasillo en que yacía Cristabel se encontró en la parte alta. Le salía sangre de la sien. Miré atrás: todos se habían ido y en el suelo estaban amontonadas tres zombies vestidas de rosa. El avión comenzó a ratear, a entrar en picado, y mis pies se alzaron del suelo.

—¡Vamos, Bel! —grité. El Portal sólo estaba a un metro de distancia de mí, pero empecé a impulsarme hasta donde flotaba ella. El avión dio un salto y ella golpeó el suelo. Increíblemente eso pareció despertarla. Empezó a nadar hacia mí, y le di la mano en el momento en que el suelo volvía a alzarse para aplastarnos de nuevo. Nos arrastramos mientras el avión sufría su agonía definitiva y llegamos a la puerta. El Portal no estaba.

No había nada que decir. Nos íbamos a estrellar. Es bastante difícil mantener en su sitio el Portal en un avión que se mueve en línea recta; pero cuando un pájaro empieza a picar en espiral y a desintegrarse, las matemáticas se hacen espantosas. Eso me han dicho.

Abracé a Cristabel y le sostuve la ensangrentada cabeza. Estaba aturdida, pero se las arregló para sonreír y encogerse de hombros. Una acepta lo que le ofrecen. Me apresuré a ir al lavabo y apoyé a Cristabel en el suelo, haciendo yo lo mismo, la espalda contra el mamparo de proa y Cristabel entre mis piernas, con la suya hacia el frente. Como en los entrenamientos. Apretamos los pies contra la otra pared. La abracé fuertemente y lloré sobre su hombro.

Y allí estaba: un brillo verde a mi izquierda. Me lancé hacia él arrastrando a Cristabel, manteniéndonos pegadas al suelo mientras dos zombies eran arrojados con la cabeza por delante a través del Portal, por encima de nosotras. Unas manos nos sujetaron y tiraron hasta hacernos pasar. Me arrastré con las uñas más de metro y medio por el suelo. Una se puede dejar una pierna en el otro lado, y a mí no me sobraba ninguna.

Me senté mientras llevaban a Cristabel a Clínica. Le palmeé un brazo al pasar junto a mí en la camilla, pero estaba desmayada. A mí tampoco me hubiera importado estarlo.

Durante un tiempo una no puede creer que todo haya pasado realmente. A veces resulta que *no* ha ocurrido. Una vuelve y averigua que todos los borregos del corral se han desvanecido suave y repentinamente porque la continuidad no admite los cambios y paradojas que se han introducido en ella. Las personas para cuyo rescate una ha trabajado tanto se encuentran esparcidas como una guarnición de tomates por toda la pendiente de alguna maldita colina de Carolina, y lo único que te queda es un montón de zombies destrozados y un equipo de Captura agotado. Pero no esta vez: podía ver los borregos moviéndose en el corral, desnudos y más asombrados que nunca. Y apenas empezando a sentirse *realmente* asustados.

Elfreda me tocó al pasar. Asintió, lo cual significaba «bien hecho» en su repertorio limitado de gestos. Me alcé de hombros, preguntándome si me importaba; pero el exceso de adrenalina corría aún por mis venas y me encontré sonriéndole. Le devolví el asentimiento.

Gene estaba junto al corral. Me acerqué a él y le abracé. Sentí los humores comenzando a fluir. «Maldita sea, vamos a derrochar una pequeña ración y regalarnos un rato agradable».

Alguien estaba golpeando la pared de vidrio esterilizado del corral. Gritaba, dirigiéndonos palabras airadas con el movimiento de los labios. «¿Por qué? ¿Qué nos habéis hecho?» Era Mary Sondergard. Suplicaba a su gemela calva y coja que la hiciera comprender. Creía que tenía problemas. Dios, ¡qué bonita era! La odiaba mortalmente.

Gene me apartó de la pared. Me dolían las manos, y me había roto todas las uñas postizas sin arañar siquiera el cristal. Ella estaba ahora sentada en el suelo, sollozando. Oí la voz del oficial de instrucción por el altavoz exterior.

—...Centauri 3 es habitable, con un clima de tipo terrestre. Con eso me refiero a *vuestra* Tierra, no a lo que ha llegado a ser. Veréis más de eso después. El viaje durará cinco años, tiempo de la nave. Al aterrizar dispondréis de un caballo, un arado, tres hachas, doscientos kilos de trigo de siembra...

Me apoyé en el hombro de Gene. En su momento más bajo, en este mismo instante, eran tanto mejores que nosotros... A mí me quedaban quizá diez años, la mitad de ellos hecha pedazos en una cesta. Ellos son nuestra esperanza más brillante, la mejor. Todo depende de ellos.

—...que nadie será obligado a ir. Queremos indicar de nuevo y no por última vez, que todos estaríais muertos sin nuestra intervención. Sin embargo, hay cosas que debéis saber: no podéis respirar nuestro aire. Si os quedáis en la Tierra nunca podréis abandonar este edificio. Nosotros no somos como vosotros. Somos el resultado de una disgregación genética, de un proceso de mutación. Somos los supervivientes, pero nuestros enemigos han evolucionado al mismo tiempo que nosotros. Están venciendo. Vosotros, sin embargo, sois inmunes a las enfermedades que nos afligen...

Hice una mueca y me volví.

—...otra parte, si emigráis se os dará la oportunidad de una nueva vida. No será fácil, pero como americanos debéis estar orgullosos de vuestra herencia de pioneros. Vuestros antepasados sobrevivieron, y lo mismo haréis vosotros. Puede ser una experiencia gratificante, y yo os exhorto...

Desde luego, Gene y yo nos miramos y reímos.

—Escuchad esto, amigos. El cinco por ciento de vosotros sufrirá severas crisis nerviosas durante los próximos pocos días y nunca partirá. Aproximadamente la misma cantidad se suicidará, aquí y durante el camino. Cuando lleguéis allí, del sesenta al setenta por ciento fallecerá durante los primeros tres años. Moriréis al dar a luz, seréis devorados por animales, enterraréis a dos o tres de vuestros hijos, pereceréis de hambre lentamente cuando no lleguen las lluvias. Si sobrevivís..., sólo será para romperos la espalda detrás de un arado, del alba al anochecer. ¡La *Nueva Tierra* es el cielo, amigos!

¡Dios, cómo me gustaría poder ir con ellos!

FIN

Libros Tauro